EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL RUISEÑOR,

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

LETRA DE LOS SEÑORES

RAFAEL BOLUMAR Y MANUEL MELENDEZ PARIS,

MÚSICA DEL MAESTRO

TOMÁS REIG.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1882.

AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Agua vá	1	D. Rafael Blasco	Todo.
De picos pardos	1	J. M. Casademunt	»
Desgracia y virtud	1	José F. Camacho	»
El compromiso de Caspe	1	Márcos Zapata	»
El ruiseñor	1	Sres. R. Bolumar y Manuel Melend. Paris	»
Filosofía alemana	1	D. José Jackson Veyan.	»
La alondra y el gorrion	1	E S. Rocaberti	»
La mágia electoral	1	N. N	»
La puerta del Saladero	1	Juan Utrilla	»
La voz del pueblo	1	Fuentes y Solsona	»
Mundo, demonio y demas	1	G. Perrin y Vico.	»
Salirse con la suya	1	L. Larra y Ossorio	»
Un drama en la venta	1	Juan Utrilla	»
El arte de pedir	2	Sres. Ossorio y Guillen	»
Los padres nuestros	2	Lustonó y Bedmar	»
El juez de su causa	3	D. Manuel Rovira	»
La corona de abrojos	3	Márcos Zapata	»
La lengua	3	Enrique Gaspar	»
Los dos curiosos impertinentes	3	José Echegaray	»

OBRAS DIVERSAS.

El diablo mundo, poema por D. José Espronceda: magnífica edicion en tipo: litografía de varios colores y una cubierta al cromo con el retrato del autor.—Un tomo en 8.° de 208 páginas.—Precio, 4 reales.

La propiedad intelectual. Legislacion Española y Extranjera: comentada, concordada y explicada segun la historia, la filosofía, la jurisprudencia y los tratados, por el Doctor D. Manuel Danvila y Collado.—Un tomo en 4.° de 905 páginas.—Su precio 40 reales en Madrid y 48 en provincias.

EL RUISEÑOR.

EL RUISEÑOR,

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

LETRA DE LOS SEÑORES

RAFAEL BOLUMAR Y MANUEL MELENDEZ PARIS,

MÚSICA DEL MAESTRO

TOMÁS REIG

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro de VARIEDADES á beneficio de D. Juan Bautista Rihuet, en la noche del 20 de Abril de 1882.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA	SRTA. VIVERO.
ALFREDO	SR. RIBUET.
DON CLAUDIO	BOSCH.
JULIAN	LASTRA.
PASCUAL	SANCHEZ.

La accion en una quinta.

Á DON JUAN BAUTISTA RIHUET.

Los Autores.

ACTO ÚNICO.



El teatro representa un jardin con verja al fondo. Fachada con puerta y escalinata á la izquierda. En el centro un árbol rodeado de macetas con flores, etc. Velador y sillas rústicas.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, sentada junto al velador con una carta en la mano.

MÚSICA.

Carta que llega á mis manos
y con hermosa ilusion,
los pensamientos tiranos
aleja del corazon.
Deja que de placer loca
te bese, grato papel,
para que ponga mi boca
en donde la puso él. (Besándola.)
(Levantándose y bajando al proscenio.)
Siempre su estilo
tan amoroso,
ora tranquilo
ora ardoroso.

Bendita carta,
bendita, sí,
porque me anuncia
que viene aquí.

—

Cesen las penas del alma mia,
que de venturas radiante estoy,
mi pecho late con alegría
qué feliz soy, qué feliz soy!

HABLADO.

¡Dios mio! ¡Qué grata nueva!
Una carta de mi Alfredo,
tras una ausencia tan larga
y despues de tanto tiempo
sin escribir!... Ocho dias
que un siglo me parecieron!
Es grande la recompensa,
sin embargo, segun leo,
viene con la decision
de pedirme en casamiento,
y esto colma mi alegria
y realiza mis ensueños.
Pero ¿cómo digo yo
á mi padre sus proyectos,
si con su monomanía
y su endemoniado genio
no se le puede ni hablar?
Preciso es buscar un medio
de arreglar bien este asunto,
porque es un asunto... serio!

ESCENA II.

DICHA y D. CLÁUDIO, mirando unos papeles de música que saca en la mano, sin reparar en su hija. Éste sale por el pabellon; lleva consigo un violin que deja sobre el velador.

CLAUDIO. Magnífico! sorprendente!

Resulta un acto precioso!
El crescendo es magistral.

CLARA. Papá!

CLAUDIO. ¡Qué coro! qué coro!

CLARA. Papá; ¿pero no me has visto?

CLAUDIO. Distraido con los moros
que acuchillan á un cristiano
estaba ciego, animoso,
y no advertí tu presencia.

CLARA. Papá, tú estás medio loco
con tu musical manía.

CLAUDIO. ¡Va á ser un acto asombroso!
Si los otros dos que siguen
resultaran de igual modo,
la ópera *El Príncipe chino*,
vuelve el oido á los sordos.
Yo he de poner en escena
la ópera española.

CLARA. Cómo?

CLAUDIO. Muy facilmente, hija mia:
lo que encuentro algo escabroso
es lo de los recitados.
Aquí hay uno como pocos
que no sé cómo arreglarle.
Oye y llénate de asombro!
«Yo voy á pegarme un tiro. (Tarareando.)
»No hagas eso, ¡ay cobarde!
»porque te van á llamar suicido!»

CLARA. ¡Calle usté, por Dios, papá!
es detestable, horroroso!
Eso no es verso ni música!

CLAUDIO. Pues escucha, escucha otro.
«Yo voy á morirme de hambre,
»porque no tengo un pedazo de pan
»para comerme este fiambre.»
(Clara imitando á D. Cláudio y dejándose caer sobre una silla.)

CLARA. «Calle usted, por Dios.
»porque voy á desmayarme!»

CLAUDIO. Tienes razon, hija mia.
Todo público juicioso
que escuche estos recitados

—como no se quede sordo—
queda muerto en la butaca
ó promueve un terremoto.

CLARA. ¿Y para eso estudio tanto?

CLAUDIO. No, Clarita, estudias poco
y te pasas todo el dia
corriendo bajo los olmos
que pueblan de nuestra quinta
los pintorescos contornos.

CLARA. ¿Estudiando cuatro horas
te parece el tiempo corto?

CLAUDIO. Eso no es nada, locuela;
el arte que yo atesoro
y quiero inculcar en tí
como sin igual adorno,
requiere mucha constancia,
hay que estudiar con reposo
y así llegarás á ser
una artista.

CLARA. No lo ignoro.
Pero de tanto cantar
tengo los oidos sordos,
y ya me duelen los dedos,
del piano.

CLAUDIO. No conozco
ignorancia más completa!
Está tu cerebro loco
al hablar así del arte
más estético de todos.
¡La música!... don precioso!
rayo de luz que ilumina
nuestro desdichado globo!
Por ella cantan los pájaros.

(D. Cláudio dice los versos que siguen, sin darse cuenta de las objeciones de Clara.)

CLARA. Y nos aturden los loros.

CLAUDIO. Por ella retumba el trueno!...

CLARA. ¡Ah! los truenos! ¡Delicioso!

CLAUDIO. Por ella surjen del arpa
los sonidos armoniosos.

CLARA. Y hay quien toca el violon.

CLAUDIO. ¡Todo es sublime!

CLARA. ¡Y el bombo!
CLAUDIO. Quien no lo sienta en su pecho
no puede ser venturoso.
(Clara reconviniendo á su papá.)
CLARA. Pero papá, por la Vírgen!
tú te vas á volver loco
con tanto y tanto pensar
en los musicales tonos.
¿No basta que al cocinero
le hagas aprender el órgano,
y el pinche con los platillos
nos dé tan terribles solos?
¿No exiges á mi doncella
que cante jaleo y polo,
mientras tú rascas las cuerdas
de ese violin dichoso?
La criada toca el figle,
la guitarra toca el mozo,
la jardinera el requinto
y los timbales su esposo.
Yo canto y toco el piano,
y al realizarse tu antojo,
esto en lugar de ser casa,
es una jaula de locos.
CLAUDIO. Basta, basta! No profanes
el arte más ingenioso!...
Más te valiera el ejemplo
seguir de tu primo Antonio,
que hace diez años y medio
está en el Conservatorio.
CLARA. Y seguirá á pesar de eso
siendo un lila y medio tonto.
CLAUDIO. Muchacha, guarda respeto
al que te doy por esposo.
CLARA. Mi marido? No señor:
precisamente hace poco
te iba á hablar yo...
CLAUDIO. Nada, nada.
Que no te cases dispongo
más que con él. Es buen chico
y ademas, es filarmónico.
CLARA. Resistiré.

CLAUDIO. Será en balde.
Yo lo mando!
CLARA. Yo no otorgo.
CLAUDIO. Es un chico muy simpático.
CLARA. Sí?
CLAUDIO. Muy listo!
CLARA. No, muy soso!
CLAUDIO. En fin, será lo que quiera:
déjame ya de responsos,
(Recoge los papeles y el violin.)
que voy á acabar el acto.
Te casarás con Antonio. (Se dirige al pabellon.)
CLARA. No señor.
CLAUDIO. ¡Cállese usted!
Te casarás!
CLARA. Con el otro.
(Váse D. Cláudio por el pabellon.)

ESCENA III.

CLARA.

Se ve mi dicha colmada
con la opinion de papá.
De fijo que accederá!
Estoy salvada! salvada!
Ya de nada tengo miedo:
realizo mis ilusiones,
que todas las condiciones
que pide, las tiene Alfredo.
De su acento sobre humano
escuché la voz suave;
él cantando como sabe,
yo acompañando al piano.
La escena que se prepara
calma toda la ilusion
de este pobre corazon
que le espera.—Alfredo!
(Reparando en Alfredo que entra por el foro derecha.)
ALFREDO. Clara!

ESCENA IV.

CLARA y ALFREDO, en traje de camino.

MÚSICA.

ALFREDO. Á tu lado, ángel mio,
me veo al fin!
Dios guarde á la violeta
más casta y pura de este jardin.

CLARA. Tu presencia, mi Alfredo,
calma mi afan;
en tus ojos mis ojos
fijos están.
Calma su mirada,
su amargo sufrir.
Soy como las flores;
faltando la brisa
no puedo vivir.

ALFREDO. Escuchando tu acento
mágica hurí,
no comprendo la vida
léjos de tí.
Tu voz de sirena
cual dulce ideal
resuena en mi oido
y oyendo sus ecos
concluye mi mal.

LOS DOS Alma del alma mia,
ensueño de mi amor.
Hoy de nuestra fortuna
cesa el rigor.

HABLADO.

CLARA. Qué dicha, querido Alfredo!...
al fin te miro á mi lado,
y segun lo que me dices
para nunca separarnos.

ALFREDO. Sí, mi Clara; la intencion

que á esta casa me ha guiado,
es hablar á tu papá
para pedirle tu mano,
y que por toda la vida
nos una el estrecho lazo
del matrimonio.

CLARA. Sí, Alfredo;
mas para poder lograrlo
hay un grave inconveniente,
que es preciso que tengamos
muy en cuenta. Mi papá,
—que hace tiempo que está malo
de la cabeza—se niega
siempre que de todos hablo,
á que yo pueda casarme
con un hombre que en el canto
y la música sublime
no llegue donde llegaron,
los Tamberliks, los Gayarres,
los Masinis y los Mários.

ALFREDO. ¿Y eso te apura, ángel mio?
Si sólo es ese el obstáculo,
yo sabré cómo vencerlo:
Há tiempo que en el teatro,
en conciertos y reuniones
obtuve todos los lauros
que envidiaran los artistas
y los genios más nombrados.
¿Olvidas aquellas noches
que juntos los dos pasábamos
en casa de la marquesa
y en aquel lindo piano?

CLARA. No lo olvido: desde entónces
nace nuestro afecto santo,
y bien sabes que en el alma
por siempre el recuerdo guardo.

ALFREDO. Pues entónces, á qué dudas?

CLARA. Es que mi papá es tan raro?

ALFREDO. (Como concibiendo una idea.)
No te apures: tengo un plan
cuyo secreto me guardo,
que espero con fundamento

ha de dar gran resultado.
CLARA. No me lo dices?
ALFREDO. Más tarde.
CLARA. Secretos conmigo?
ALFREDO. Claro.
El amor es indiscreto
y pudiera fracasarnos.
Hasta luégo.
CLARA. Ya te vas?
ALFREDO. Clara mia, es necesario.
CLARA. En tí confio.
ALFREDO. Confía. (Váse foro derecha.)
CLARA. Mira que impaciente aguardo.

ESCENA V.

CLARA junto á la verja.

¡Dios mio, qué inventará?
Es mucho lo que le quiero.
Pero ¡calle! el jardinero
habla con él. Qué será?
Entran los dos en la casa. .
En fin, dejémosle hacer; (Bajando.)
tal vez él logre poner
á su amor y al mio tasa.
Esperemos con paciencia
aunque mi lengua esté muda,
y que le preste su ayuda
la divina Providencia!
(Entra en el pabellon.)

ESCENA VI.

PASCUAL, con una carta en la mano, foro derecha.

¿Qué querrá ese forastero
que me dá esta comision
con sigilo y precaucion?
Y parece un caballero!
¡Ah, y lo será de seguro!
¿Quién, ¡válgame santa Marta!

sólo por dar una carta
dá en estos tiempos un duro?
—En tí mi esperanza veo—
me dijo.—¿Lo entiendes bien?
Yo le dije á todo amén
y me guardé el *Amadeo*!
Veremos cómo ló toma
el amo; mal genio tiene.
Pero ¡diablo! hácia aquí viene.
En nombrando al ruin de Roma...

ESCENA VII.

DICHO y D. CLÁUDIO por el pabellon.

PASCUAL. Un mozo de la estacion
me dió para usté esta carta.
CLAUDIO. De Madrid? (Tomándola.)
PASCUAL. Creo que sí.
CLAUDIO. De don Tadeo. ¡Caramba!
(Abriéndola y enterándose.)
¿Qué me querrá? Cielo santo!
Qué noticia me traslada?
Yo me muero de alegría!...
El gozo mi pecho embarga!...
Nunca pudiera esperar... (Á Pascual.)
Corre y arregla las plantas
de más vista, y las macetas
que más te gusten prepara
para adornar la escalera
y el interior de la casa.
Espero á un gran personaje!
PASGUAL. (Demonio! qué es lo que habla!
¿Si será ese señorito
un *menistro*?)
CLAUDIO. Vamos, anda,
que corre prisa!
PASCUAL. Me marcho.
(Algo bueno nos aguarda!)
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA VIII.

D. CLÁUDIO, en seguida CLARA por el pabellon.

CLAUDIO. Clara! Clarita, hija mia!...
Ven corriendo! Ven corriendo.
(Á Clara que sale.)
Mira lo que de Madrid
me noticia don Tadeo.
CLARA. Cómo ¿el marqués?
CLAUDIO. Sí, el marqués.
CLARA. Sepamos pronto qué es ello.
CLAUDIO. (Lee.) «Como quiera que hoy sale para Valladolid el célebre cantante Gayarre, le he suplicado se detenga en esa, con el exclusivo objeto de que admire en usted una eminencia en el arte de composicion, tan sublime como él lo es en el canto. Accediendo á mis ruegos, dicho artista me suplica que no divulgue usted su llegada, pues va de incógnito á fin de no ser reconocido por sus muchos amigos y tener que demorar su viaje por más de dos dias. Suyo... etcétera, etcétera.»
CLARA. Qué dicha, papá, qué dicha!
(Sin duda es cosa de Alfredo.)
¿Pero vendrá de seguro?
CLAUDIO. Pronto, muy pronto tendremos
en esta dichosa casa,
y como inmortal recuerdo,
al canario más sonoro
que han conocido estos tiempos.
CLARA. Le vamos hacer cantar?
CLAUDIO. Hasta que agote ese genio,
de todo su repertorio
lo mejor y más selecto.
CLARA. Y cuándo llega?
CLAUDIO. Ahora mismo.
Voy á avisar al momento
á los muchachos. Pascual. (Llamando.)
Gumersindo! Baldomero!

Venid al punto. Dios mio!
Qué placer tan halagüeño!

ESCENA IX.

DICHOS, PASCUAL por el foro y dos criados por el pabellon.

PASCUAL. ¿No ha llamado el señor?
CLAUDIO. ¿No lo has oido, mostrenco?
PASCUAL. Soy el hombre de más motes
que existe en el universo.
CLAUDIO. Á ver si callas: y al punto
vete con tus compañeros
á la próxima estacion.
Hoy espero á un caballero
y tengo mucho interés
en saber si llega presto.
Se llama Julian Gayarre,
informaros al momento
y hácia casa conducidle
tratándole con respeto.
Yo voy á vestirme al punto;
pero ir vosotros primero,
que si viene, en el camino
os encontraré yo luégo.
Tú, hija mia, queda aquí
hasta tanto que yo vuelvo.
(Váse apresuradamente por el pabellon.)
PASCUAL. Conque chicos, ya sabeis
cómo se llama el viajero?...
Señor don Julian Gallardo.
Que no se olvide y marchemos.
(Vánse los tres por el foro derecha.)

ESCENA X.

CLARA.

Por lo que pude observar
sin duda todo el enredo

es una broma de Alfredo
que no me acierto á explicar.
El sabrá lo que ha de hacer,
y en su talento confío:
sólo espera el amor mio
su esposa llegar á ser.
Si se realiza su plan
y mi esperanza querida,
juntas por toda la vida
nuestras almas se verán.

ESCENA XI.

CLARA, D. CLÁUDIO por el pabellon, vestido de frac, guante blanco y sombrero de copa; luégo JULIAN, PASCUAL y criados, por el foro derecha.

CLAUDIO. Vaya; ya estamos en marcha.
Voy en seguida á buscarle
y hacerle un recibimiento
con relacion á su clase.
Hasta muy pronto, hija mia.
Luégo vuelvo.—Pero ¡calle!
(Subiendo al foro y mirando por la derecha.)
Si ya no hay necesidad:
veo que hácia aquí le traen
mis criados. Clara! Clara!
qué dicha tan inefable!
PASCUAL. (Saliendo.) Aquí le traigo, señor!
CLAUDIO. Pase, pase usté adelante.
Y vosotros, prevenid
todo lo que os dige ántes.
(Váse Pascual por el foro y los criados por el pabellon.)

ESCENA XII.

CLARA, D. CLÁUDIO y JULIAN, vestido de paleto.

JULIAN. Buenos dias, caballero.
(Los dos se hacen muchas reverencias.)
CLARA. Este es Gayarre? (Dios santo!

(Riendo al pronto y luégo conteniendo la risa.)
Disimulemos, no sea....)
¿Por qué viene disfrazado?

CLAUDIO. Va de incógnito, hija mia.

JULIAN. Qué *incónito* ni qué diablo!
Hácia ese pueblo vecino
dirigiendo iba mis pasos,
y al oir decir mi nombre
á sus dos ó tres criados,
les dije que ese era yo.
«Pues eche palante, hermano,
que nuestro amo le espera.»
—Y dije para mí, andando;
querrá ese señor hacer
un negocio de mi trato.

CLAUDIO. Vamos, deje el fingimiento,
que no sirve en estos casos.
Ya tuve el gusto de oir
á usted el año pasado
en el Real.

JULIAN. Á mí?

CLAUDIO. ¡Qué notas!

JULIAN. Qué motas ni que ocho cuartos!

CLAUDIO. Canta usté magistralmente.

JULIAN (Este tio está borracho!)
Pero hombre, qué dice usté?
Si yo en mi vida he cantado!
(D. Cláudio rie frenéticamente.)

CLAUDIO. Y es gracioso! Muy gracioso!...

JULIAN. Pues no me hace gracia el paso.

CLARA. (Mi papá se ha vuelto loco!)

CLAUDIO. Qué artista tan consumado!

JULIAN. Lo que estoy es consumido...

CLAUDIO. Vamos, cánteme usté un rato
aquello de «Traviata...»

JULIAN. Qué Traviata ni Traviatos!...
Yo lo que quiero es marcharme
á negociar mis garbanzos.

CLAUDIO. (Riendo.) Pero qué chico! qué chico!
Cerebro tan despejado
no se encuentra en todo el mundo.
(Conteniendo la risa.)

Vamos á formalizarnos,
que quiero oir á esa estrella
del arte.

JULIÁN. Por san Venancio!
Qué estrella ni qué pepinos!
Yo soy aquí el estrellado!
Pero le advierto, señor,
que ya me voy amoscando!
¿Con qué derecho detiene
á un tranquilo ciudadano
que por esas carreteras
va á sus negocios viajando?

CLAUDIO. Con el derecho de oir
su voz que envidian los pájaros;
con el derecho del arte
en el que somos hermanos;
con los derechos, en fin,
de este pobre aficionado
que le pide de rodillas (Arrodillándose.)
no le niegue sus encantos!

JULIAN. (Si me irá á hacer el amor?
Caballeros vaya un paso!)

CLARA. Pero levántese usted.
Suplicar á un mamarracho!...
No he visto mayor rareza.

JULIAN. Mamarracho yo? No tanto!
Soy honrado comerciante. .

CLAUDIO. ¿Va usté ahora hacerla caso,
mi buen señor don Julian?

JULIAN. Si señor; Julian me llamo.
¿Y quién le ha dicho mi nombre
que está usted tan enterado?

CLAUDIO. Qué quién me lo ha dicho? El mundo
que os nombra de arriba á abajo.
Europa, el Asia, Occeanía,
todo el suelo americano,
el Africa, el orbe entero!

JULIAN. Qué me cuenta usté? Canario!
¿Si seré yo un personaje
sin haberlo sospechado?

CLARA. Pero papá, si el señor...

CLAUDIO. Yo no admito comentarios.

Pase usté á ese pabellon
donde tengo preparado
un traje muy elegante
que dé carácter al acto.

JULIAN. (Seguiremos con la broma
y en cuanto pueda me largo.)

CLAUDIO. ¿Cantaremos el Otelo?

JULIAN. (Ni el hotel del tio Chaparro!)
Yo cantaré lo que quiera.

CLARA. (Tendrá que ver este cuadro.)

CLAUDIO. Luégo, despues á almorzar.

JULIAN. Entónces vamos andando.
Ya estoy dispuesto á cantar
en comiendo luégo: vamos.
(D. Cláudio agarrándose del brazo de Julian y dirigiéndose hácia el pabellon pausadamente.)

CLAUDIO. Italia! la *bela* Italia!...

JULIAN. Allí se habla el italiano.

CLAUDIO. Qué lenguaje más sublime!

JULIAN. Si señor: pero muy raro!

CLAUDIO. Dónde hizo usted sus estudios?

JULIAN. ¿Yo? (Qué diré?) En Puerto llano.

CLAUDIO. ¿Hay allí conservatorio?

JULIAN. Sí señor; de los nombrados.
Al que le duele el estómago,
canta igual que un condenado.)
(Entran en el pabellon.)

ESCENA XIII.

CLARA, luégo ALFREDO.

CLARA. Por fin se marcha con él!
Ya descansa el alma mia.
Creí que Alfredo vendría
y se descubre el pastel. (Subiendo al foro.)
Pero ¡calla! en el jardin
y oculto tras una peña,
Alfredo me hace una seña.
(Figurando contestar á Alfredo.)
Que si está? se fué por fin.
(Sale Alfredo, foro derecha con otro traje.)

ALFREDO. Entónces puedo pasar
sin que me cueste trabajo.
CLARA. Chist! por Dios, habla más bajo
que nos pueden escuchar.
ALFREDO. No importa, ya estoy vestido
y no hay nada que temer;
aunque me pudieran ver
está todo prevenido.
Mi barba es la del cantor,
mi vestido irreprochable;
seré con él muy amable
y haré el artista mejor.
Ya he visto como desbarra
tu padre con el viajero.
Pero escucha: el jardinero
me ha prestado una guitarra.
Y si nos proteje Dios,
cuando me escuche cantar,
el pobre se va á encontrar
no un Gayarre, si no dos.
CLARA. Su cerebro desvaría
con tan constante ansiedad.
ALFREDO. Hija, le ha dado la edad
por la musicomanía.
CLARA. Con Gayarre confundir
á un hombre de tal jaez?
ALFREDO. Pues lo que es por esta vez
á los dos nos va á servir.
Si se realiza mi objeto
hoy termina su locura;
y dueño de tu hermosura
el dia será completo.
Y si la cuestion abordo,
que le cuadre ó no le cuadre...
CLARA. Vete, que viene mi padre.
ALFREDO. Pues señor, el trueno gordo!
(Váse apresuradamente por el foro derecha.)

ESCENA XIV.

CLARA, D. CLÁUDIO, por el pabellon.

CLAUDIO. Ya le he dejado en mi cuarto:

se está vistiendo de prisa
y el traje unido á la voz
hará la ilusion mas viva.

CLARA. Pero papá ¿no comprendes
que todo lo que imaginas
es una suposicion?
Ese hombre, ¡que tontería!
ni es Gavarre ni lo fué
ni lo será mientras viva.

CLAUDIO. Es que quiere sorprendernos:
¿no lo has conocido, niña?
Si revela su talento
aquella mirada altiva,
su semblante tan risueño...

CLARA. (Riendo.) Y aquella cabeza artística!

CLAUDIO. Estás en contra del arte;
déjate de tonterías.
Cuando cante, vas á oir
su voz estensa y magnífica.

CLARA. Sí, cantar! Como no entone
la jota ó las seguidillas,
no me parece que dé
frutos mejores la viña.
(Clara sube distraida al foro.)

CLAUDIO. Dentro de poco verás
cómo quedas convencida.

CLARA. (Va á dar principio la farsa.)

CLAUDIO. Pero ¿qué miras, chiquilla?
Algun pajarito?

CLARA. Justo;
que va á cantar en seguida.
(Se oye preludiar un instrumento y canta Alfredo.
luégo sale, foro derecha.)

ALFREDO. Soy jilguerillo inocente
que vagando el mundo voy.
Vuscando á una golondrina
que me roba el corazon.
Avecilla candorosa
cuando escuches mi cantar;
remonta al aire tu vuelo
y calma al punto mi afan.

ESCENA XV.

DICHOS y ALFREDO.

MUSICA.

CLAUDIO. Qué música á mi oido
llega como un gemido
del céfiro sutil?

ALFREDO. (Saliendo.) La voz enamorada
de un alma apasionada,
del lirio más gentil.

CLARA. (Es mi Alfredo.)

CLAUDIO. Qué sorpresa!

ALFREDO. (Ya mi empresa
comenzó.)

CLAUDIO. Qué gallardo!
Guapo mozo!
Extasiado me dejó!

CLARA. (Su voz arrobadora
es siempre para el alma
murmullos de las hojas,
suspiros de las auras.)

CLAUDIO. Este gentil mancebo
de tal manera canta,
que embarga mis sentidos
su voz enamorada.

—

ALFREDO. La vida sin amores
es valle solitario,
sin pájaros ni flores
de mágico esplendor.
Campiña que de hielo
cubierta en lontananza
borra de la esperanza
el cielo bienhechor.

LOS TRES. Bendiga Dios la música
que expresa en su cantar
del alma los dolores,
la dicha del amar.

HABLADO.

CLAUDIO. Caramba! si canta usté
mucho mejor que un jilguero!
ALFREDO. No lo extrañe, caballero;
es mi oficio.
CLAUDIO. Ya se vé.
CLARA. Pero papá, este señor
que con tanto gusto oías
es Gayarre, el que creías...
CLAUDIO. Dos Gayarres? Por favor!
Á mí ya me falta poco
para la razon perder:
vamos en claro á poner
la verdad, que yo estoy loco.
ALFREDO. (Con gravedad cómica.)
Yo soy Gayarre: el Julian
—aunque os parezca mentira—
por el que el mundo delira
y suspira con afan.
Yo modelo de tenores
y tesoro de armonía,
de las damas alegría
y envidia de los cantores.
Yo que con voz magistral
arroba todas las almas
y arranco lauros y palmas
del público del Real.
Yo que al esplendente carro
del arte, voy siempre unido
y siempre seré y he sido
gloria del suelo navarro.
CLAUDIO. Me pone usted en un potro
y se aumenta mi ansiedad...
(Y al mirarlo. la verdad,
se parece más que el otro.)
Si ha venido un forastero
que es Gayarre, no os asombre!
ALFREDO. Un hombre, tomar mi nombre!
qué dice usted, caballero!
CLAUDIO. Sí señor. Adentro está.

ALFREDO. ¿Es cierto lo que usté ha dicho?
CLARA. No haga caso: es un capricho
que ha tenido mi papá.
CLAUDIO. Vamos, si no puede ser!
Esta duda es horrorosa.
Tan solamente una cosa
me podría convencer.
Yo he escuchado veces mil
oyendo «*La favorita*,»
aquel aria tan bonita
del «*Espíritu chentil...*»
Ella puede decidir
si usté es Gayarre en verdad,
y hará mi felicidad,
ALFREDO. Pues ahora la va usté á oir.

MUSICA.

Aria del *Spirto gentil*.

HABLADO.

CLAUDIO. Piramidal! Estupendo!
mi lengua se queda muda!
Él es! No me cabe duda!
No lo creo y lo estoy viendo!
CLARA. Estás contento?
ALFREDO. Señor...
CLAUDIO. Mi alegría no os asombre!
Caballero, usté no es hombre.
ALFREDO. Pues qué soy?
CLAUDIO. Un ruiseñor.
Realizaré lo que exija:
pídame usted lo que quiera.
ALFREDO. Solo una cosa quisiera.
CLAUDIO. Qué?
ALFREDO. La mano de su hija.
CLAUDIO. Del arte lleva la palma
y ella habrá de consentir!

(Á Clara.) Tú lo vas á decidir.
¿Le quieres?
CLARA. Con toda el alma!
CLAUDIO. Claro! Si era de esperar!
cualquiera lo mismo haría.
Yo tambien me casaría
si me pudiera casar.

ESCENA XVI.

DICHOS y JULIAN, vestido grotescamente en traje de moro.

JULIAN. Aquí estoy ya, caballeros.
CLARA y ALFREDO. Que figura tan grotesca!
JULIAN. Estoy dispuesto á cantar
las seguidillas manchegas,
la jota, el zapateado
y todo lo que usted quiera.
¿Empiezo ya?
CLAUDIO. Amigo mio,
si usté amable me dispensa.
le diré que equivocado
anduve y con gran torpeza.
JULIAN. Sí?
CLAUDIO. El señor es don Julian:
dispense usté la molestia.
JULIAN. Hombre, pues somos tocayos!
Yo le dije á usted quien era,
pero usté caso no hizo.
Se le puso á usté en la testa
que yo no era yo... ¡Canastos!
como si yo no supiera
como me llamo y quién soy.
Julian Gallardo y Perea,
natural de Paracuellos,
bautizado en Santa Tecla,
cosechero de garbanzos
y... se acabaron las señas.
CLAUDIO Pues amigo, usté dispense.
JULIAN. Pero con toda la gresca,

me quedo sin almorzar
que es lo que á mí me interesa.

CLAUDIO. Eso no ha de ser así:
usted á almorzar se queda.

JULIAN. Pues me quito estos trebejos
y al almuerzo de cabeza.
(Váse por el pabellon)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS ménos JULIAN. Al volverse D. CLAUDIO se encuentra con CLARA y ALFREDO, de rodillas.

CLAUDIO. ¿Qué es esto? ¿Esa posicion
no comprendo, y yo confio...

CLARA. Esto indica padre mio
que imploramos tu perdon.

CLAUDIO. Vamos, vamos; levantad
y explicaos, por mi vida!

ALFREDO. (Levantándose.) Yo voy á hacerlo en seguida
y con buena voluntad.
Aunque usted lo tome en serio,
así lo exige mi honor.
No soy Gayarre el tenor,
soy Alfredo Monasterio.

CLAUDIO. No hay más: el hado importuno
me acosa! válgame Dios!
Há poco tenía dos
y ahora no tengo ninguno.

ALFREDO. En el canto y el piano
há tiempo soy profesor;
tengo de Clara el amor
y á gusto me dá su mano.

CLAUDIO. Él te adora. Tú qué dices?

CLARA. Yo que sí.

CLAUDIO. Pues de ese modo
se queda arreglado todo
y Dios os haga felices!

MUSICA.

ALFREDO. Si hoy con el nombre
del gran tenor
lleno mi dicha,
cumplo mi amor.
Sólo su nombre
por respetar,
este juguete
te ha de agradar.
De mi esperanza
cumplo el afan
y mis deseos,
se cumplirán.

TODOS. De su esperanza
cumple el afan
y sus deseos
se cumplirán. (Telon.)

FIN.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á terno seco	1	Sres Navarro, Gamayo y Nieto	M. y 1/2 L.
Camoens	1	D. Márcos Zapata	L.
Catalanes de Gracia	1	L. P. de Guzman	L.
El estilo es el hombre	1	Manuel Nieto	M.
El lavadero de la Florida	1	Sres. Ossorio y Guillen	L.
El ruiseñor	1	Bolumar, Melendez y Reig	L. y M
Fuego y estopa	1	Banquells y Reig	L. y M.
Los bonitos	1	D. M. F. Caballero	M.
Los pretendientes de Cármen	1	Manuel Cuartero	L. y M.
El santuario del valle	2	Márcos Zapata	L.
El anillo de hierro	3	Márcos Zapata	L.
La abadía del Rosario	3	Márcos Zapata	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25, y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.